

LAS LECCIONES DE LOS MIEDOS

Estaba en el hospital, visitando a Plátano, mi amigo enfermo. En realidad se llamaba Juanjo, pero le tengo demasiado cariño como para usar su nombre. Llevaba una media hora leyendo en voz alta para él; a los dos nos encanta leer. Es como ir a otro mundo y olvidarte de la realidad. El llevaba enfermo ya varios meses y yo iba cada día a visitarlo todo el tiempo que podía. Le explicaba las lecciones de clase, hablábamos durante largo rato y, como ya he dicho, leíamos bastante.

Era ya de noche, bastante tarde, y cuando Plátano se quedó dormido dejé el libro en una mesa. Habíamos prometido no leer ni un párrafo sin estar juntos. Mientras dormía, revisé el teléfono por si mis padres me habían llamado. Cuando lo hacía, algo me distrajo, un ruido muy fuerte. Me puse súper nerviosa, estaba preocupada por Juanjo. Fui a avisar a algún médico por si alguno de esos cacharros de hospital se había estropeado. Iba en dirección a la puerta cuando me di cuenta de que el sonido venía de una de esas máquinas de latidos. Era un pitido fuerte y continuo, insoportable, lo que indicaba que el paciente conectado a la máquina había muerto. Ni siquiera abrí la puerta, dejé caer el teléfono para ir en dirección a mi amigo. Intenté buscarle pulso, pero no sirvió de nada, había muerto. En ese momento estaba paralizada, no sabía si quedarme allí llorando o correr a avisar a un médico. Finalmente, rompí a llorar al lado de su camilla. No podía aceptarlo, se había ido, para siempre, nunca volvería. Sin que me diera cuenta, alguien había entrado en la habitación. Me di la vuelta para ver quién era y pude ver a una chica, no aparentaba más de 10 años. Llevaba puesto un vestido negro y unos extraños zapatos del mismo color atados con cintas a sus piernas. Tenía la piel pálida y el pelo, recogido en dos adorables trencitas, era negro. A pesar de su tétrico aspecto, lucía una amplia sonrisa y tenía una mirada tranquilizadora. Se acercó a mí lentamente, como si estuviera pensando que decir, y me abrazó.

-No te preocupes, estará bien, te lo aseguro- dijo poniéndose de puntillas para secarme las lágrimas. —Encantada de conocerte. Soy... realmente no tengo nombre, pero el resto me llaman Muerte.

No sabía que decir, estaba petrificada ante la misteriosa aparición de la chica. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí? Tenía muchas preguntas en mente, pero mi cuerpo no reaccionaba.

-Lo sé, suelo impresionar. Normalmente la gente me tiene miedo, ya sea por mis efectos en ellos o en otra gente, por eso estoy aquí. Esto durará poco pero más vale que te acostumbres, en cualquier momento podrían llegar los otros.

- ¿Otros? ¿Qué otros? ¿Por qué estás aquí? – logré decir. – No sé quién eres o qué sois, pero...

En ese momento entró otra chica, esta parecía mayor que la anterior e iba vestida con una camiseta ancha de manga corta con un estampado parecido a un mapa. Tenía el pelo castaño, recogido en un alborotado moño y unos preciosos ojos grises.

- ¿Has acabado, Muerte? Tiempo está al llegar, date prisa. - dicho eso, se dirigió a mí para darme la mano. – Buenas, puedes llamarme Destino.

Tan rápido como Destino acabó de hablar, llegó una tercera chica, Tiempo. Esta era idéntica a Destino excepto por la ropa y el peinado. Llevaba un vestido azul con flores, una americana negra y un reloj. En cuanto al peinado, tenía el cabello suelto por encima de los hombros.

- Hola, soy Tiempo, encantada. Tenemos prisa así que te lo resumiré todo. Básicamente somos una especie de representación de tus miedos. Muerte representa el miedo a morir o perder a alguna persona querida, por eso esta escenita del hospital; Destino el miedo a no saber a dónde te van a llevar tus decisiones y yo, Tiempo, el miedo a no poder despedirte o arreglar problemas antes de que sea tarde, el miedo a los cambios de la gente a medida que pasa el tiempo, etcétera. Como puedes ver en nuestro aspecto, Destino y yo somos hermanas. La manera más corta de explicarlo es diciendo que el destino y el tiempo van entrelazados de alguna manera. – Tiempo miró su reloj nerviosa. – Se nos acaba el tiempo, apresuraos.

Muerte me sujetó la mano y me llevó hacia la puerta. Al salir de la habitación, descubrí que no era un hospital, me encontré en un pasillo lleno de habitaciones y diferentes personas circulando por ellas. Me giré para ver una vez más el cuerpo de Plátano, pero ya no estaba, en su lugar había una habitación oscura y llena de muñecas.

- Siento haberte hecho llorar con la escenita del hospital, pero era necesario. –de pronto se giró en dirección a aquella oscura habitación. – Esta es mi habitación, ¿te gusta?

- ¿De verdad era necesario? ¿Por qué? Lo he pasado fatal, Muerte. - dije haciendo caso omiso a su pregunta.

-Bueno, yo no estoy aquí para ayudarte a superar tu miedo exactamente. Es complicado, pero nos llegó el mensaje de que estabas teniendo problemas con tu amigo y los pensamientos nos llamaron diciendo que últimamente pensabas demasiado que sería mejor no haberle conocido. Eso está muy mal, sobre todo porque la pelea fue a causa de una tontería. ¿Quiénes se pelean por haber estropeado un libro? Fuisteis demasiado lejos. Ya sé que os encantan los libros y obviamente no te gusta que te los estropeen, aunque haya sido un accidente, pero había que darte una lección, y ver lo que pasaría si de verdad tu amigo se fuera es una de las mejores.

- Vamos chicas que tenemos prisa. – se apresuró a decir Tiempo.

Destino me pasó un brazo por encima de los hombros y me llevó casi a rastras por el pasillo.

-No sabes lo que te espera. – sonrió y se adelantó para ir junto a su hermana, dejándome otra vez a solas con Muerte.

Pasado un rato, llegamos a otro cuarto, esta vez más desordenado.

- Esta es mi habitación, necesito un rato para prepararlo todo. Quedaos aquí fuera por favor. – Destino entró y cerró la puerta rápidamente.

Estuvimos un buen rato esperando fuera, viendo como más personas caminaban por el pasillo.

- Estos son otros miedos. Bueno, no somos exactamente miedos, pero solemos llamarnos así porque si no sería muy largo de explicar. Mira, por allí viene Altura. – Muerte señaló a un miedo más bajito que el resto, que ironía llamándose Altura. – Nuestros nombres suelen dar pistas de nuestro “trabajo”. Supongo que no tendré que explicar de qué va el suyo, ¿no?

Por fin, Destino abrió la puerta de su habitación, pero empezaba a sentirme mareada y a ver peor que de costumbre.

- No, no, no, no. – Tiempo me sujetó por los hombros bastante alterada. – No hay tiempo. Recuerda la lección de Muerte, lo que sentiste, sus consecuencias, etcétera...

- Adiós, ya dejaremos mi lección para otro día. – dijo Destino, apoyada en el marco de su puerta sonriendo mientras Muerte se despedía con la mano.

Sin siquiera enterarme, aparecí en el salón, tumbada en el sofá con un libro abierto sobre mi pecho. Me había dormido mientras leía y, aunque todo fuese un sueño, me había afectado bastante. Encendí la televisión, pero no llegué a ver nada, tenía demasiado en qué pensar. Había decidido esperar al día siguiente y disculparme con Juanjo en clase, pero no podía soportar que siguiéramos enfadados un día más.

Finalmente, arreglé los problemas que tenía con Plátano cuando quedamos con nuestra pandilla aquella tarde, pero todavía no estaba tranquila. Quería saber cuál sería la lección de Destino.

